Andrés Codesal Martín

¿Por qué sabemos que Jesucristo es Dios?

- Porque El mismo lo insinuó,
- Porque lo dice claramente la Biblia,
- Porque es el Hijo único de Dios,
- Porque es igual que el Padre,
- Porque es el Creador,
- Porque es el Salvador,
- Porque es adorado como Dios,
- Porque está en la Eucaristía,
- Porque nació como Dios,
- Porque es esencialmente Amor,
- Porque hace lo que Dios, etc. etc.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7770-476-7
Deposito Legal: Gr. 1981-99
Imprime: Azahara S.L.
Printed in Spain

1. Jesucristo insinuó que era Dios.

Jesucristo con obras y con palabras muchas veces nos insinuó que El era Dios; lo judíos así lo entendieron y por eso varias veces trataron de apedrearle, castigo que estaba mandado se diere a los blasfemos. He aquí algunos ejemplos:

Yo y mi Padre somos una misma cosa (Jn 10,30).

Los judíos trataron de apedrearle, porque no sólo violaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre propio, haciéndose igual a Dios (Jn 5,18).

De nuevo los judíos cogieron piedras para apedrearle. Entonces les dijo: "Os he hecho ver muchas obras buenas, que son de mi Padre, ¿por cuál de ellas queréis apedrearme? Los judíos le respondieron: "No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, porque siendo hombre te haces a Tí mismo Dios" (Jn 10,31-33).

¿Decís "blasfemas" porque dije: "Yo soy Hijo de Dios" Pues si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero ya que las hago, si no queréis creerme, creed al menos a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre es en Mí y Yo en el Padre (Jn 10,36-38).

Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque muera, revivirá, y todo el que está vivo y cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Tú crees esto? Ella respondió: Sí Señor, yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios... (Jn 11,25-27).

Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por Mí. Si vosotros me conocéis, conoceréis también a mi Padre. Más aún desde ahora le conocéis y lo habéis visto. Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y esto nos basta". Respondió Jesús: "Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú no me conoces Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto a mi Padre. ¿Cómo puedes decir: "muéstranos al Padre?" ¿No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo os digo, no las digo de Mí mismo, sino que el Padre que mora en Mí, El mismo hace las obras. Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí; al menos creed por las obras (Jn 14,6-11).

Jesús, pues, alzó la voz y dijo: "Quien cree en Mí no solamente cree en Mí, sino en Aquel que me ha enviado; y el que ve a Mí, no solamente me *ve* a Mí, sino *también al que me envió"* (Jn 12,44-45).

En aquel día conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros (Jn 14,20).

Aquí nos dice Jesús bien claro que el Padre y El están juntos, que obran juntos, y que son Uno, porque tienen una misma naturaleza, y el Hijo es imagen del Padre, y aunque son dos personas distintas, la divinidad es la misma, por eso Dios es Uno.

Y continuó Jesús diciendo:

Yo salí y vengo de Dios, pues no he venido de Mí mismo, sino que El me envió (Jn 8,42).

Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y me voy otra vez al Padre (Jn 16,28).

Murmuraban los judíos diciendo: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Pues cómo es que dice: Yo he bajado del cielo? (Jn 6,42).

Jesús, levantando la voz, dijo: "Vosotros decís que me conocéis y sabéis de dónde soy; pero Yo no he venido de Mí mismo, y el que me envió es veraz, aunque vosotros no lo conocéis. Yo sí que le conozco porque procedo de El y El me ha enviado" (Jn 7,28-29).

Ahora, ¡Oh Padre!, glorifícame junto a Tí mismo con aquella gloria que tuve cerca de Tí antes que el mundo existiese (Jn 17,15).

Jesús, que a los judíos les parecía como un hombre cualquiera, y que muchos creían conocerle y que conocían a sus padres, les dice en alta voz: *"Vosotros decís que me conocéis y que sabéis de dónde soy;* pero Yo vengo de mucho más lejos, pues salí y vengo del Padre al que vosotros no conocéis. Yo sí que le conozco, porque procedo y vengo de El. ¿No nos insinúa bien claramente Jesús que El es Dios?

2. La Biblia nos dice claramente que Jesucristo es Dios.

Veamos estos tres textos de la Biblia de Nacar Colunga:

1) *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1,1).

2) *...de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amen* (Rm 9,5).

3) *A los que han alcanzado la misma preciosa fe que nosotros, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo* (2 Ped 1,1).

Como se puede ver, estos textos están muy claros, y en cada uno de ellos se llama "Dios" a Jesucristo, y como no es posible darles otra interpretación, no hay más remedio que aceptar que Jesucristo es Dios. Pero como a los testigos de Jehová no les cabe en la cabeza que Jesucristo sea Dios, *arreglan* la Biblia añadiéndole algún artículo o palabrita que no existe en el original, para que de esta manera los textos citados digan otra cosa.

Veamos como la arreglan:

1) Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era *un* dios.

2) ...Cristo según la carne: Dios, que está sobre todos, *sea* bendito para siempre, Amen (Rm 9,5).

3) A los que han alcanzado la misma preciosa fe que nosotros, por la justicia de nuestro Dios y *del* Salvador Jesucristo (2 Ped 1,1).

Notemos que los textos son los mismos, tomados de los mismos lugares; pero los primeros son tomados de la Biblia de Nacar-Colunga, y los segundos de los testigos de Jehová, con sus arreglos, para forzarlos a decir otra cosa.

En el 1) Nacar dice terminantemente y con versión directa del texto griego: *"El Verbo era Dios"*. Queda aquí claro que *"el Verbo"* o la *"Palabra"* del Padre *era Dios.*

Pero los testigos, con su arreglo, la fuerzan a decir: *La Palabra era un dios.* De esta manera hacen una versión incorrecta al

poner el artículo *"un"* y luego *dios* en letra minúscula para indicar que el Verbo o Palabra (que es el Hijo de Dios, el mismo Jesucristo) no es Dios, sino un ser inferior a Dios, creado por El.

Los católicos no decimos que Jesucristo sea *un* Dios, sino el único Dios en unión con el Padre.

En el texto se dice: *Al principio* (de la creación) *era* (existía ya) *el Verbo,* la Palabra del Padre, y estaba *en* o con el Padre. *Estar con* es propio de una persona con otra... *y el Verbo era Dios.*

Las personas son distintas, pero un único Dios. Y no decimos que el Verbo sea la tercera parte de Dios, como nos acusan los testigos, sino el *único Dios* juntamente con el Padre.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; pero no son tres Dioses, si no un solo y único Dios, porque los tres tienen una sola y misma naturaleza divina.

En el 2), o sea, en Rm 9,5, la versión correcta conforme al griego es la de Nacar, que dice: "Cristo , el que es sobre todas las cosas, *Dios bendito por los siglos*". Aquí claramente se nos afirma que *Cristo es Dios,* mas los testigos separan a Cristo de Dios, y añaden un (sea) que no está en el griego, y así dicen: "Dios, que está sobre todos *sea* bendito... De esta manera niegan la divinidad de Jesucristo afirmada por el Apóstol.

En el 3), en 2 Ped 1,1, la versión conforme al griego es la de Nacar en la que se nos revela la identidad de la naturaleza de Dios y de Cristo, pues dice que "Jesucristo es *nuestro Dios y Salvador* (Lo mismo en Tit 2,13).

Los testigos de Jehová, para desvirtuar esta evidencia, ponen un *del* (que no existe en el griego), y así separan las dos palabras *"Dios y Salvador"*, y por eso traducen: "Por la justicia de nuestro Dios y *del* Salvador Jesucristo", para hacer creer que se nos habla de dos personas distintas, cuando en realidad, solamente se nos habla de una, de Jesucristo, al que se le da el nombre de *"Dios y Salvador"*.

Estos son algunos de los muchos cambios que hacen los testigos de Jehová para impedir que la Biblia diga que Jesucristo es Dios. Pero son tantos los textos que lo afirman, que les resulta imposible cambiarlos todos. Además, los católicos veni-

mos leyendo la Biblia desde hace veinte siglos, y ellos llevan poco más de cien años, con lo que, por más que lo quieran, les resulta imposible poderla falsificar.

Sigamos viendo otros textos que los testigos de Jehová no se han atrevido a cambiar y que nos dicen clarísimamente que Jesucristo es Dios.

Nadie ha visto jamás a Dios; el Dios Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien le ha dado a conocer (Jn 1,18).

Vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo, aguardando la bienaventuranza esperada y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tit 2,12-13).

Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia, para que conozcamos al Verdadero, y estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo, que es el verdadero Dios (1 Jn 5,20).

Dijo Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20,28).

Muestren toda buena fe, a fin de que acrediten en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador (Tit 2,10).

He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre "Enmanuel", que significa "Dios con nosotros" (Mt 1,23; Is 7,14).

Dios, *respeto del Hijo, dice: "Tu trono, ¡Oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos* (Heb 1,7).

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió ¡oh Dios! el Dios tuyo, con óleo de alegría (Heb 1,9).

Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la misma naturaleza de Dios, no consideró como un botín el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por su aspecto apareció como hombre... Por esto Dios lo sobreensalzó y le dio un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil 2,5-11).

En Jesucristo habita toda la plenitud de la divinidad (Col 2,9).

En los ocho textos anteriores, que no se han atrevido a cambiar los testigos de Jehová, queda clarísimo que Jesucristo es

Dios, porque así lo llama el Autor Sagrado, que no es otro que el Espíritu Santo que habló por su pluma, como quedó definido en el concilio de Trento.

En el texto de San Pablo a los filipenses (2,5-11) se nos dice que Jesucristo es Dios, porque tiene la naturaleza de Dios, así como en el texto a los colosenses (2,9), se nos indica que en Jesucristo reside *la plenitud de la divinidad,* que es la naturaleza de Dios.

También cuando los judíos recriminan a los apóstoles diciéndoles: *"¿No os habíamos mandado terminantemente enseñar en nombre de ése?" Pedro y Juan, respondiendo les dijeron: "Juzgad vosotros si es justo delante de Dios el obedeceros a vosotros y no a Dios"* (Hech 4,19) Y añadieron: *"Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hech 5,29). Con lo que dejaron claro que Aquel que les había mandado a predicar, era Dios. Ellos, antes que a los hombres, estaban obedeciendo a Cristo, que les dijo: *"Id al mundo entero a predicar el Evangelio a toda criatura...* (Mc 16,15). Luego Jesucristo es Dios.

Según la Biblia Jesucristo es Jehová, luego Jesucristo es Dios.

1) De Jehová Dios se nos dice en el A.T. que *"es el Creador de cielos y tierra"* (Is 42,5; Gen 1,1), y en el N.T. vemos que *"todas las cosas fueron creadas por El"*, por Cristo (Jn 1,3). Luego Cristo y Jehová son el Mismo Dios Creador.

2) En el profeta Isaías (40,3), se lee que *"Jehová tendría un precursor"*, y en el N.T. vemos que se cumplió esta profecía en Cristo, pues Juan Bautista fue su precursor, él preparó el camino del Señor (Mt 3,3; Mc 1,3). Luego Cristo es Jehová Dios.

3) De Jehová dice el profeta Zacarías (11,12-13), sería vendido. *"Y dijo Jehová...¡hermoso precio con que me han apreciado!..."* Y luego vemos en el N.T. que Judas dijo: *"¿Qué queréis darme y os lo entregaré?; y ellos le asignaron 30 monedas de plata... Así se cumplió lo dicho por el profeta"*, en Jesucristo (Mt 26,14-15;27,9-10).

Otros textos que nos dicen que Jesucristo es Jehová son estos: a) Compárese Isaías (45,23) con Rm 14,11 y con Fil 2,10-11; b) igualmente Sal 102,16 y Zac 14,3-4.9 con Hech 1,11 y Mt 24,30.

4) El profeta Miqueas (5,2), nos dice dónde tiene que nacer y hacerse hombre Aquel que ya existía desde la eternidad: *"Y tú Belén Efrata, tú eres una ciudad pequeña respecto a las principales de Judá, pero de tí nacerá el que ha de ser Dominador de Israel, el cual fue engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad"*. Véase Jn 1,1, y Mt 2,3-6.

5) Isaías, 7,14, dice: *"He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Enmanuel"*. Y en Mt 1,22-23 lo vemos cumplido: *"Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta, que dice: "He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Enmanuel, que se traduce "Dios con nosotros"*.

6) También Isaías (9,6), dice: *"Será llamado Admirable, Consejero, DIOS, Príncipe de la paz..."*.

Jesucristo dio a entender que era Dios.

Jesús dice que El es Dios, y lo dice en la intimidad, lo dice en público, lo dice ante la ley, lo dice ante la muerte.

Un día pregunta a los suyos lo que el mundo pensaba de El, y ellos le responden al momento: "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o alguno de los profetas". Y El les dijo: "Pero vosotros ¿quién decís que soy yo?". Entonces Simón Pedro, con la impetuosidad de su amorosa admiración, le contesta: *"Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"* (Mt 16,16).

Con estas palabras, una de dos: o el apóstol pretende igualar a su Maestro con el mismo Dios, o lo que dice no es más que una locución vulgar que no expresa más que esa filiación universal por la cual todos nosotros hemos sido adoptados por hijos de Dios. En el primer caso, si lo iguala con Dios sin ser Dios,

comete una usurpación sacrílega: este es el momento de protestar y decir a Pedro lo que más tarde le será dicho, cuando dude de la profecía de la Pasión: *"¡Retírate de mí, Satanás, que me escandalizas!"* (Mt 16,23). Pero en este caso Jesús no protesta: más aún, reconoce en él la inspiración de Dios y lo felicita por ella: *"¡Dichoso eres Simón hijo de Juan, porque ésto no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos!"* (Mt 16,17). Y no es esto sólo: a la aprobación añade inmediatamente la recompensa: *"Y Yo te digo que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos: cuanto atares sobre la tierra, quedará atado en los cielos, y lo que desatares sobre la tierra, desatado quedará en los cielos"* (Mt 16,18-19).

Está claro que si Pedro en esta ocasión no le hubiera dicho a Jesús otra cosa más que El era un hijo de Dios adoptivo, como lo somos los demás, Cristo no hubiera utilizado esa encomiante felicitación, pues no habría descubierto ningún secreto, ya que todos somos hijos adoptivos de Dios. Pero al decirle aquella encomiante expresión: *"¡Dichoso eres, Simón: porque ésto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos!"* le da a entender muy claramente que lo que ha dicho es muy importante y que es un secreto que hasta entonces nadie había comprendido, en el cual se encuentra la clave de nuestra salvación. Por eso Jesús insiste en más de una ocasión sobre este misterio: *"El es el don del amor de Dios; quien cree en El no será condenado; quien no cree en El ya está condenado, porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios"* (Jn 3,16-18). *"Yo he salido de mi Padre"* (Ibid 16,28), dice, y sin embargo, *"mi Padre está en Mí y Yo en mi Padre"* (Ibid 10,38). Y para que se entienda bien que no se trata aquí de una penetración de conocimiento y de amor, sino de una penetración de identidad y de sustancia, El se identifica a sí mismo con las cosas eternas, de que sólo Dios es eterno principio y eterno supuesto. No dice: "Yo traigo de parte de Dios la verdad, la vida, la luz" sino: *"Yo soy la verdad y la vida; Yo soy la luz del mundo"*. *"Ego sum veritas et vita"* (Jn 16,16); *"ego sum lux mundi"* (Ibid 8,12).

Jesús dijo al ciego de nacimiento: *"Crees tú en el Hijo del hombre?"* Respondió: *¿Y quien es, Señor, para que yo crea en El? Jesús le dijo: Le has visto y es el que está hablando contigo. Y él dijo: ¡Creo Señor! y lo adoró* (Jn 9,35-38).

El ciego reconoce que en la forma que lo ha curado, quien tal cosa ha hecho con él no puede ser más que el Hijo de Dios, y postrándose lo adora. Y Jesús no lo levanta; Jesús no se indigna, como más tarde se indignaron los Apóstoles, cuando les querían tributar honores divinos, sino que recibe como un acto legítimo el supremo homenaje que solamente a Dios es debido (Jn 9,35-38). Mas ¿qué digo? El lo reclama de todo el mundo: *"Es preciso que todos le honren como se honra al Padre". Ut omnes honorificent Filium sicut honorificant Patrem* (Jn 5,23). Y ¿por qué dice Jesús que es preciso que todos honren al Hijo como honran al Padre? Porque ambos son la misma cosa: *Ego et Patrem unum sumus* (Jn 10,30). El pueblo se subleva escandalizado por estas palabras y tratan de apedrearle. Jesús les dice: *Muchas obras buenas os mostré de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? Ellos le responden: no te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre te haces Dios.* Y Jesús en vez de apaciguarlos con una explicación fácil, les sobreexcita probándoles que El es Dios e Hijo de Dios de una manera muy distinta de como el común de los hombres: *"¿Cómo de Aquel a quien el Padre consagró y envió al mundo, decís: Tú blasfemas, porque dije: Yo soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, aunque a Mí no me creáis, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre"* (Jn 10,31-38).

Pero si el pueblo es impotente para proteger la ley violada, he aquí que los mismos representantes de la ley se levantan en presencia de Jesucristo: los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los ancianos del pueblo y todos los más respetables y más sagrados de la religión se reunen en el Sanedrín para juzgar a Jesús. Levantándose entonces el Pontífice, le dijo: *¡Te conjuro, por Dios vivo que nos digas si tu eres el Cristo, Hijo de Dios! ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? A esto le respondió*

Jesús: Tú lo has dicho: Yo soy; y además os digo que desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Y todos le preguntaron: "¿Luego eres Tú el Hijo de Dios?" Jesús les respondió: "Vosotros lo estáis diciendo: Yo soy". Entonces el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dice: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habéis oído la blasfemia: ¿qué os parece? Contestaron: ¡Reo es de muerte! (Mt 26,62-55; Mc 14,60-64; Lc 22,70-71). Esto es la concordancia de los tres sinópticos. Veamos por separado el texto de cada uno de los tres evangelistas:

Según S. Mateo, (26,62). *Y poniéndose en pie el sumo sacerdote, le dijo (63): "Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". (64) Le respondió Jesús: "Tú lo has dicho, y aún os declaro que veréis después a este Hijo del hombre sentado a la derecha de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo". (65) A tal respuesta, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?; vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia: (66) ¿Qué os parece? A lo que respondieron ellos, diciendo: ¡Reo es de muerte!".*

Segun S. Marcos (14,60): *Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, interrogó a Jesús diciéndole: (61) ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? (62) Respondió Jesús: Yo soy; y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo. (63) Al oírlo, el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dice: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? (64) Habéis oído la blasfemia: ¿Qué os parece? Y todos ellos le condenaron por reo de muerte.*

Según S. Lucas (22,70): *Le dijeron entonces todos: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? El les respondió: Vosotros lo decís: Yo soy. Ellos replicaron: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?*

Con esto Jesús acababa de pronunciar su propia sentencia de muerte: *Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios"* (Jn 19,7).

Jesús acepta la muerte. La ve venir, la siente acercarse, pero no se retracta; no se arrepiente de lo que ha dicho, porque

sabe que ha dicho la verdad. Lo que ha dicho durante sus tres años de predicación, lo mantiene hasta el último momento. La turba infame le grita: *Si eres Hijo de Dios desciende de la cruz y creeremos en Tí.* Y Jesús no los escucha.

Clavado en otra cruz junto a Jesús hay un ladrón que se arrepiente de sus delitos y, mirando a Jesús cree en El y le pide un favor: *"¡Jesús! acuérdate de mí cuando estés en tu reino"*. Y Jesús haciendo un esfuerzo desde su cruz, le mira y le sonríe con infinito amor; y le promete con su autoridad de Dios: *"En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso"* (Lc 23,42-43).

Lc 23,44. *Era casi la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona. (45) El sol se oscureció; y el velo del templo se rasgó por medio.*

Mt 27,51. *La tierra tembló, las piedras se partieron (52) y los cuerpos de los santos que habían muerto resucitaron...*

Lc 23,46. Entonces Jesús clamó con gran voz: *"Padre, en tus manos entrego mi espíritu". Y, diciendo esto, expiró.* (47) *Así que vio el centurión lo que acababa de suceder,*

Mc 15,39, *y viéndolo expirar de esta manera, dijo: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios...*

Lc 23,48. *Y todas las turbas que habían concurrido a aquel espectáculo, al ver lo sucedido, se volvieron dándose golpes de pecho.*

¿Es normal que en el mismo momento en que muere Jesús el velo del templo se rasgue de arriba abajo, que la tierra tiemble, que las rocas se partan, que los muertos resuciten, que el sol se oscurezca y las tinieblas cubran la tierra? ¿Es normal que en aquel mismo momento, cuando Jesús va a expirar pronuncie una grande y sonora voz, proclamando su condición de Hijo único de Dios, diciendo: *"¡Padre, en tus manos entrego mi espíritu!"*. Tal vez haya alguno que todo esto le parezca normal, pero al centurión que mandaba en los soldados que lo custodiaban, no le pareció normal y se vio forzado a exclamar: *"¡Verdaderamente era Hijo de Dios!"*. Y las mismas turbas, todos aquellos que poco antes se habían mofado de El, diciendo: *"¡Si eres Hijo de Dios baja de la cruz! ¡Ha salvado a otros y ahora no puede sal-*

varse a sí mismo! ¡Si es el Rey de Israel que baje ahora de la cruz y creeremos en El!" (Mt 27,40-41). Ahora se marchan a sus casas arrepentidos de lo que han dicho y dándose golpes de pecho (Mt 27,54; Lc 23,48).

3. Jesucristo es Dios por ser el Hijo único de Dios.

Jesucristo es Dios por ser el Hijo único de Dios, que estaba en el seno del Padre, y el Padre lo engendró. Es Dios porque salió de Dios y procede de Dios. Veamos algunos textos:

Jesús les respondió: "Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a Mí, porque Yo salí y vengo de Dios; pues no he venido de Mí mismo, sino que El me envió" (Jn 8,42).

El Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que Yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre (Jn 16,26-28).

Jesús, levantando la voz, dijo: "Yo no he venido de Mí mismo; pero el que me envió es veraz, y vosotros no le conocéis. Yo le conozco porque procedo de El y El me envió" (Jn 7,28-29).

Le dijeron: "Ahora sabemos que conoces todas las cosas y no necesitas que nadie te pregunte. En esto hemos creído que has salido de Dios". (Jn 16,30).

(Dice el Padre): *"Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado"* (Hech 13,33; Sal 2,7).

¿A cual de los ángeles dijo Dios alguna vez: "Hijo mío eres Tú, hoy te he engendrado?" y también: "Yo seré su Padre y El será mi Hijo?" (Heb 1,5).

El te engendró del seno antes del lucero (Sal 109,3).

Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios, y todo el que ama al (Padre) que engendró, ama también al engendrado de El (1 Jn 5,1).

Jesús procede del Padre que lo engendró, y por eso es su Hijo, como se oyó en el Jordán y como se oyó cuando manifestó su gloria sobre el monte Tabor.

Y una voz del cielo decía: "Este es mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias" (Mt 3,17; Mc 1,11).

Resonó una voz desde la nube que decía: "Este es mi Hijo amado, en el que me complazco: a El debéis escuchar" (Mt 17,5).

Jesucristo no solamente es un Hijo de Dios, sino que es: *el Hijo único de Dios,* porque El es el único Hijo natural de Dios. Los demás solamente somos hijos adoptivos, pero El es el Hijo engendrado por el Padre desde antes de todos los tiempos.

El Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros -y nosotros vimos su gloria (en el Tabor, Mt 17,5), *gloria como de Unigénito del Padre- lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14).

Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crea en El, no se pierda, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El. El que cree en El no se condena; el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. (Jn 3,16-18).

Nadie ha visto Jamás a Dios: el Dios, Hijo Único, que es en el seno del Padre, Ese le ha dado conocer (Jn 1,18).

El que ni aún a su Propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente todas las cosas con El? (Rm 8,32).

Y el amor de Dios se ha manifestado en nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que nosotros vivamos por El (1 Jn 4,9).

San Juan Bautista también dio testimonio de El, diciendo:

Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: "Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, Ese es el que bautiza con el Espíritu Santo" Y yo lo he visto y doy testimonio de que Este es el Hijo de Dios (Jn 1,33-34).

Hasta los mismos demonios le confesaban por el verdadero Hijo de Dios:

Los espíritus inmundos se prosternaban delante de El y gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios" (Mc 3,11).

Se prosternó delante de El y gritando, dijo: "¿Qué tengo que ver contigo, Jesús Hijo del Dios Altísimo? (Mc 5,7; Lc 8,28).

No es fácil conocer bien a Jesús si El mismo no se nos revela.

A Mí me ha sido transmitido todo por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre, ni al Padre nadie conoce bien sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelarlo (Mt 11,27).

Y por fin, a Jesús le condenan por blasfemo, por haber dicho que El es el Hijo de Dios.

Le dijo el sumo sacerdote: "Yo te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Le respondió Jesús: Tú lo has dicho... El sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?; vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? A lo que respondieron: ¡Reo es de muerte! (Mt 26,64-65).

Le dijo: "Eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios Bendito? Jesús respondió: "Yo soy" (Mc 14,61-62).

Le preguntaron: "¿Luego eres Tú el Hijo de Dios?" Les respondió: "Vosotros lo decís: Yo soy" Entonces dijeron: "¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca" (Lc 22,70-71).

Jesús les contestó: "¿Cómo de Aquel que el Padre consagró y envió al mundo, vosotros decís: "¡Blasfemas!" porque dije: Yo soy Hijo de Dios?" (Jn 10,36).

Y termina San Juan diciendo: *Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios* (Jn 20,31).

Jesucristo es el Hijo único de Dios.

Conviene observar que Dios solamente tiene un Hijo natural, engendrado por el Padre desde el principio de la eternidad, es decir, desde siempre, desde que Dios es Dios.

Así como el sol produce la luz desde que existe: así el Padre engendró al Hijo desde que existe, desde siempre, desde toda la eternidad. De esta forma el Padre no es anterior al Hijo, ni el Hijo posterior al Padre; las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo son eternas.

Pero Dios tiene otros hijos, no hijos naturales sino adoptivos, no engendrados sino creados: los ángeles y los hombres.

La Sagrada Escritura llama "hijos de Dios" a los ángeles (Job 1,6; 2,1; 38,7; Dan 3,92) y a los hombres que hemos recibido la adopción de hijos por el bautismo (Jn 1,12-13). Por eso escribe San Juan: *Mirad que amor nos ha mostrado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos... Carísimos, ahora somos ya hijos de Dios, aunque todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es* (1 Jn 3,1-2).

También entre nosotros reconocemos dos clases de hijos: los naturales y los adoptados. Los naturales llevan nuestra propia sangre y heredan de nosotros muchas de nuestras cualidades humanas: los amamos más porque ellos son la continuación de nuestra propia vida que se prolonga de padres a hijos de una a otra generación. Jesucristo es el Hijo natural de Dios, y por eso es Dios como el Padre que lo engendró desde el principio. Y nosotros, tanto los ángeles como los hombres, nos ha creado Dios, y por amor nos adoptó por hijos, y nos permite llamarle Padre, queriendo que le amemos como a Padre.

Jesucristo, el mismo Hijo natural de Dios, nos enseñó a llamar a Dios *"Padre nuestro"*. Pero entendamos que El nunca le dijo "Padre nuestro", sino que siempre lo nombró, diciendo: *"mi Padre"*, para que entendamos que hay una diferencia muy grande de ser su "Hijo natural" a ser como nosotros simples hijos adoptivos. Por eso decía: *"Subo a mi Padre y vuestro Padre..."* (Jn 20,17), haciendo esa distinción para demostrar que El era de diferente manera Hijo de Dios.

Dios solamente tiene un Hijo natural, Jesucristo; por eso en muchos lugares de la Biblia se nos dice que Jesús es el Hijo

único de Dios: (Jn 1,14; 3-16-18; 1,18; 1 Jn 4,9). Hijos naturales tiene uno sólo: hijos adoptivos somos muchos.

Por eso Jesucristo es Dios, porque es el Hijo natural de Dios.

Nunca los hijos son de distinta naturaleza que los padres: los hijos de un animal son animales de la misma naturaleza que los padres, los hijos de los hombres, son también hombres como sus padres, y así el Hijo natural de Dios, necesariamente tiene que ser Dios como lo es el Padre que lo engendró.

Mutuo conocimiento. Hablando del mutuo conocimiento entre Padre e Hijo, dijo Jesús: *"Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y aquel a quien quisiera el Hijo revelárselo"* (Mt 11,27; Lc 10,22). Luego hay relación de *igualdad* entre el Padre y el Hijo: Dios Padre es infinitamente grande, de tal modo que solamente otro tan grande y perfecto como El puede conocerlo, que es el Hijo. Y a la vez el Hijo, tan grande y perfecto como el Padre, solamente puede ser conocido totalmente por Dios su Padre. Luego el Hijo, Jesucristo, es también Dios como el Padre.

Proceso de la Pasión. Según San Marcos, el sumo sacerdote, puesto en pie, le interrogó diciéndole: *"¿Eres Tú el Cristo, el Hijo del Bendito?" Respondió Jesús: "Yo soy; y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo. Al oírlo, el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dice: "¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Habéis oído la blasfemia: ¿Qué os parece? Y todos ellos le condenaron por reo de muerte.*

Según San Lucas, *entonces le dijeron todos: "¿Luego Tú eres el Hijo de Dios? El les respondió: "Vosotros lo decís: Yo soy". Ellos replicaron: "¿Qué necesidad tenemos ya de testigos cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?* (Lc 22,70-71).

Caifás califica la respuesta de blasfema, por dárselas de Dios sin ser Dios. Jesús no protesta contra la interpretación pontificia, pues, según la Ley el delito de blasfemia debía ser condenado a muerte irremisiblemente (Lev 24,16) Jesús había dicho que era Hijo de Dios, *haciéndose igual a Dios* (Jn 10,33), y eso era una tremenda blasfemia. Por eso van a Pilatos y le di-

cen: *"Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios"* (Jn 19,7).

Fórmula bautismal. Es la afirmación más clara del dogma de la Trinidad de personas en Dios: el Hijo es de igual dignidad que el Padre y el Espíritu Santo. Jesucristo resucitado dijo a sus apóstoles: *"Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"* (Mt 28,19). Ahora, pues, el ser bautizado en el nombre de alguien, significa ser consagrado a él como fin de culto. Por esto, los hombres no podemos ser consagrados más que a Dios. Luego, si somos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, está claro que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo también es Dios.

Conferencia con Nicodemo. Jesús le dijo: *"Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crea en El no se pierda, sino que tenga la vida eterna"* (Jn 3,16). Jesús confiesa claramente ser Hijo de Dios; pero no un hijo adoptivo más, sino el Hijo único del Padre, en sentido propio y natural.

Curación del paralítico. Era un sábado cuando lo curó, *y los judíos empezaron a perseguir a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado. El les respondió: "Mi Padre continúa obrando, y Yo obro también" Con lo cual, los judíos más buscaban hacerlo morir, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino porque llamaba a Dios su Padre, igualándose de este modo a Dios.*

Jesús sabía que lo perseguían por decir que El era el Hijo único y natural de Dios, y por tanto, era Dios como el Padre; y sabiendo que lo persiguen a muerte por ésto, El no lo desmiente, sino que más aún lo confirma, diciendo:

"En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede por Si mismo Hacer nada, sino lo que ve hacer al Padre; pero lo que Este hace, el Hijo lo hace igualmente. Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace; y le mostrará aún cosas más grandes que estas, para asombro vuestro. Como el Padre resucita a los muertos y les devuelve la vida, así también el Hijo devuelve la vida al que quiere. Y el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al

Hijo, a fin de que todos honren al Hijo como honran al Padre..." (Jn 5,19-23).

Jesús acaba de decirnos que El puede hacer todo lo que hace el Padre. Pero esto no es lo más grave, sino que aquel Dios que reclama para Sí un amor único y una honra y gloria únicas, permite que su Hijo diga que a El ha de honrarse igual que al Padre: *"Quien no honra al Hijo, no honra al Padre* (Ibid 23) *Porque el Padre y El son uno"* (Jn 17,22).

Y continúa Jesús: *"En verdad, en verdad os digo: El que escucha mi palabra y cree en Aquel que me envió, tiene vida eterna y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo, vendrá el tiempo, y ya estamos en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la oyeren revivirán. Porque así como el Padre tiene la vida en Sí mismo, ha dado también al Hijo tener la vida en Sí mismo..."* (Jn 5,24-26).

Jesucristo es el Hijo de Dios, luego es Dios.
Por L. CL. Fillión. Vida de N. S. Jesucristo, VI. C.3, 2º.

San Juan al acabar su Evangelio, se dirige solemnemente a sus lectores para decirles: *Esto se ha escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyéndolo tengáis la vida eterna en su nombre* (Jn 20,31).

El Cristo, el Hijo de Dios: toda la dignidad, todas las funciones, toda la vida de Jesús se resume en estos dos nombres sublimes.

Es cosa fuera de duda que todos los libros del Nuevo Testamento enuncian o demuestran, de un modo o de otro, esta tesis: Jesús es el Hijo de Dios; es Dios. En lenguaje unas veces sencillo y otras elocuente, propio o figurado, pero claro siempre, le atribuyen sin vacilar la naturaleza divina, atributos propios de Dios, operaciones divinas. Más arriba vimos un magnífico texto de San Pablo a los colosenses (1,15-19). En esta misma carta resume el Apóstol su pensamiento, diciendo que en Jesús *habita la pleni-*

tud de la divinidad (Ibid 2,9). En otro lugar lo llama *"Dios Bendito por siempre"* (Rm 9,5). Al principio de su Epístola a los Romanos (1,1-4) anuncia que él fue escogido para predicar *"el Evangelio de Dios"*... tocante a su Hijo Jesucristo, nacido de la estirpe de David según la carne, y manifestado Hijo de Dios en poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos". Este pasaje tiene valor especial, puesto que San Pablo considera a Jesús en dos aspectos diferentes: según la carne, y según el espíritu de santidad; en su naturaleza humana y en su naturaleza divina, que distingue clarísimamente. Llenaríamos páginas enteras si quisiéramos agrupar los textos en que el apóstol de los gentiles pone de relieve la divinidad del Salvador. Todo cuanto de El dice supone este hecho: Jesús es un Hombre-Dios, igual al Padre. Baste citar por vía de ejemplos:

Rm 8,3, *En efecto, lo que era imposible a la Ley, por cuanto estaba debilitada a causa de la carne, Dios lo realizó enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado en la carne...*

Gal 4,4, *Cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para que redimiese a los que estaban bajo la Ley...*

Heb 1,2-3, *Nos habló a nosotros por su Hijo a quien designó heredero de todas las cosas, y por quién también hizo el mundo; el cual siendo esplendor de su gloria e imagen de su sustancia, y sustentando además todo por la acción de su poder, después de haber efectuado por sí mismo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.*

Los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas Católicas y el Apocalipsis nos enseñan esto mismo. Por doquier nos enseñan que Jesucristo es Hijo de Dios, en el sentido estricto y real de la expresión. Este es un hecho tan claro y evidente, que los exégetas y los teólogos de todos los partidos o movimientos lo aceptan sin la menos discusión. Varios escritores del Nuevo Testamento sólo escribieron algunas páginas; pues, aun en estas pocas páginas, directa o indirectamente, aparece expresada la divinidad de Jesucristo. No hay en ellos la menor divergencia; todos afirman la grandeza inefable de su Maestro, hijo de David,

Mesías e Hijo de Dios. De donde se sigue que la Iglesia, desde su principio, consideró la divinidad de Jesucristo como un dogma fundamental que todos sus miembros tenían que creer. Los herejes que lo impugnaron fueron al punto lanzados de su seno (1).

Pero es de singular importancia consultar los Evangelios; ellos nos dirán el concepto que los evangelistas tenían de Jesús y el que Jesús tenía de sí mismo en este punto capital. La creencia de San Juan es evidente. Comienza su libro con el glorioso prólogo relativo al Logos:

Jn 1,1, *Al principio era el Verbo, y el Verbo era junto a Dios, y el Verbo era Dios.*

2, *El estaba al principio con Dios.*

3, *Todas las cosas fueron hechas por El y sin El nada se hizo de cuanto existe.*

4, *En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

5, *La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron...*

9, *La verdadera luz, la que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.*

10, *El estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por El; pero el mundo no lo conoció.*

11, *El vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.*

12, *Pero a todos los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre.*

13, *Los cuales no han nacido de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios.*

14, *Y el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y nosotros vimos su gloria -gloria como de Unigénito del Padre- lleno de gracia y de verdad...*

18, *A Dios nadie le ha visto jamás; el Dios, Hijo único, que es en el seno del Padre, Ese es quien lo ha dado a conocer.*

Así empieza Juan su Evangelio, y termina en el capítulo 20,31, con aquellas palabras que transcribimos arriba: *Esto se*

(1) 1 Jn 2,22-23; 3,23; 4,2-3; 5,1-12.

ha escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios... Entre estas dos profesiones de fe, todo está dedicado al mismo Verbo divino, que es Jesús; de modo que bien se ha podido decir del cuarto Evangelio, que es "El Evangelio del Hijo de Dios". Esta misma idea es también la base de los Evangelios sinópticos, aunque se manifiesta en ellos con menos frecuencia. Pero particularicemos algunos puntos para justificar nuestro aserto.

Merece primeramente fijar nuestra atención el nombre del "Hijo de Dios", que aplican a Jesús unas veinte veces los sinópticos y diez veces el cuarto Evangelio. Le dan este nombre al Salvador, unas veces los ángeles (Mt 1,20); otras, Satanás (2), y los endemoniados (3); otras los discípulos (Mt 14,33); el mismo Dios (4), Caifás (5), los judíos (6) y hasta el centurión romano (7); también se lo atribuye el mismo Jesús (8). Pero no tiene siempre la misma significación. A veces es simplemente sinónimo de Mesías; por ejemplo, en la boca de los endemoniados y probablemente también en la de Satanás. Otras significa una filiación moral, una unión íntima con Dios, a causa de un grado más alto de santidad, como ocurre en las palabras de centurión (9). Pero en muchos de estos pasajes tiene sentido mucho más elevado y denota una filiación en sentido estricto; expresa, por consiguiente, la naturaleza divina de aquel a quien se aplica. En la salutación del ángel a María, en la voz celestial con ocasión del bautismo de Jesús y en la Transfiguración, el título de "Hijo de Dios" ciertamente ha de interpretarse en este sentido. Otro tanto ha de decirse del texto del cuarto Evangelio, en

(2) Mt 4,3-6; Lc 4,39; "Si tú eres el Hijo de Dios".

(3) Mt 8,29; "¿Qué hay entre tú y nosotros,

(4) En el bautismo y en la transfiguración de Jesús. Mt 3,7; 17,5; Lc 3,22; 9,35.

(5) Mt 26,63; "Te conjuro que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" Cf. Lc 22,70.

(6) Mt 27,40: "Si eres el Hijo de Dios baja de la Cruz" Cf. Mt 27,43; Jn 19,7.

(7) Mt 27,54: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios". Cf. Mc 15,39.

(8) Jn 3,18: "El que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios" Cf. Jn 5,25; 10,25; 10,36; 11,4.

(9) Véase en el mismo sentido Mt 5,9,45; Lc 20,36; Rm 3,14; 9,26; Gal 3,26; etc.

el que Jesús se llama "el Hijo único de Dios", y, según toda probabilidad, en la confesión de San Pedro, y también en labios del sumo sacerdote Caifás.

En varios pasajes del Evangelio de San Juan, Nuestro Señor se da a sí mismo este título (10). En otros muchos lugares, para describir las relaciones que hay entre el Padre y El, habla de tal modo del "Padre" y del "Hijo", o del "Hijo único", que sus palabras no pueden entenderse sino de la posesión de la naturaleza divina y de un género de filiación que únicamente a El le pertenece. Estas expresiones resuenan a cada momento en sus discursos, señaladamente en los capítulos 5, 6, 8, 14, 17. No se engañaron sus enemigos respecto de su significación; por eso le acusaron de blasfemo, y un día estuvieron a punto de apedrearle. Como Jesús les preguntase: *"Muchas obras buenas he hecho en vuestra presencia por el poder de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?, respondieron ellos: "No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, porque siendo hombre, te haces a tí mismo Dios"* Jesús no protestó del sentido que daban a sus palabras; antes insistió en su declaración, para hacerla aún mas notoria y que no quedase duda (Jn 10,31-38).

A propósito de estos nombres de "Padre" y de "Hijo", se ha hecho notar con mucha exactitud que, aun cuando Jesús presenta a Dios como Padre común de todos los hombres (11), nunca pone sus relaciones filiales al mismo nivel que las de los demás. Dice *"mi Padre" y "vuestro Padre"* (Jn 20,17); pero nunca "nuestro Padre" (12). Esta diferencia es harto significativa.

Pero los Evangelios dan de la divinidad del Salvador pruebas aún más convincentes que este nombre de Hijo de Dios. Es decir: si este nombre de *Hijo único y natural de Dios* no nos deja la más mínima duda de que Jesús es Dios igual que el Padre, aún casi lo deja más claro y patente en otros muchos lugares. Muchas aserciones nos manifiestan en este punto el fondo de

---

(10) Jn 5,25; 9,35; 10,36; 11,4; etc.
(11) Por ejemplo Mt 5,16,48; 6,1,4,6,14,26; etc.
(12) Salvo al principio de la oración dominical; pero allí no es El quien se dirige a Dios, sino nosotros para quienes la compuso.

su conciencia. En varias circunstancias proclama que "ha venido" de Dios y vuelve a Dios (13); expresión que no puede significar otra cosa que la posesión de la naturaleza divina. Se da como pan vivo bajado del cielo (Jn 6,32-42). Afirma que solamente El ha visto y conoce al Padre (Jn 6,42); que es Uno con el Padre, y que todos los hombres deben honrarle a El como honran al Padre (Jn 5,25; 10,30). Pero aunque el cuarto Evangelio es el más abundante en pruebas de esta índole, no es el único que afirma la divinidad de jesús. San Mateo y San Lucas (Mt 11,27; Lc 10,22), citan una expresión que por sí sola nos declara la mente del Salvador: *"Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quien es el Padre, sino el Hijo y a quien el Hijo quiere revelarlo"*. Semejantes relaciones suponen evidentemente la identidad de naturaleza entre Jesús y el Padre. Fuera de que Nuestro Señor afirma esta identidad con palabras bien explícitas cuando dice: *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,30).

Además, se le atribuye, o le atribuyen los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento prerrogativas esencialmente divinas. Su preexistencia está atestiguada muchas veces en el cuarto Evangelio, no solo por el escritor sagrado, sino también por El mismo. *"Antes que Abraham existiese, Yo soy"*, dijo un día a los judíos, quienes entendieron muy bien lo que quería decir, ya que nuevamente quisieron apedrearle como blasfemo (Jn 8,58-59). También en su oración sacerdotal habla de la gloria que tuvo cerca del Padre *"antes que el mundo existiese"* (Jn 17,5). E igualmente el Precursor señala este atributo, cuando dice: *Este es Aquel de quien yo dije: "Después de mí viene uno que ha sido antepuesto a mí, porque El existía antes que Yo"* (Jn 1,30). Juan era seis meses mayor que Jesús, y sin embargo, aquí dice que "era anterior a él", porque conocía su preexistencia anterior. Pero el lugar donde se nos manifiesta más claramente su eternidad, es en el primer versículo del cuarto Evangelio, donde dice: *"En el principio existía ya el Verbo"* (Jn 1,1). El principio es

---

(13) Jn 6,38-46,62; 7,28,33,36; 8,14,16,18,26,42; 13,3; 16,28-30.

lo primero de todo; no existe nada anterior al principio. Todo empieza por el principio. Y sin embargo, el escritor sagrado nos dice que *"en el principio existía (o era) ya el Verbo"*. Luego no puede haber nada anterior a El.

Posee y ejerce un poder infinito, universal -del cual sus milagros no eran sino un débil resplandor- que permitía a San Pedro llamarle *"el Señor de todas las cosas"* (Hech 10,36). Sobre este particular hemos oído ya varias sentencias suyas que excluyen toda duda: *Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre* (Lc 10,32); *Todo lo que tiene el Padre es mío* (Jn 16,15); *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18); Su Padre *ha puesto todas las cosas en sus manos* (Jn 3,35). Con gran escándalo de los judíos perdona en nombre propio los pecados, poder que sólo pertenece a Dios (14). Sabe y declara que al fin del mundo presidirá el juicio final, y que sobre cada uno de los hombres pronunciará una sentencia definitiva y sin apelación (15). Y ¿qué decir de su poder como fundador de la Iglesia, ese grano de mostaza, que, gracias a El, viene a ser un árbol gigantesco, cuyas ramas cubren toda la tierra? ¿No era preciso tener la naturaleza divina para emprender, establecer y sostener obra semejante? ¿Y qué decir también de lo que Jesús pedía a sus discípulos? El, tan bueno y humilde, ¡qué sacrificios no les pide! A veces pedía una renuncia completa e inmediata de todo lo que se tenía por más caro (16). Ningún sacrificio le parecía excesivo para su propia causa y la del reino mesiánico. *"Quién ama a su padre o a su madre,* decía (17), *más que a Mí, no es digno de Mí. Quién ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí. Cualquiera... que no renuncia a todo lo que posee, no pude ser mi discípulo"*. Quién esto pide, conoce sus derechos absolutos. El mismo se pone por modelo de la religión fundada por El.

---

(14) Mt 9,2-6; Lc 7,48-50; 23,43.
(15) Mt 15,31-46; Mc 8,38; Jn 5,27-29; etc.
(16) Mt 4,19-21; 8,22; 9,9; 19,21; etc.
(17) Mt 10,37; Lc 14,33; etc.

Reclama una supremacía absoluta sobre el hombre moral (Mt 16,24-27). Con una palabra transforma o abroga la Ley y las explicaciones que habían dado de ella los escribas (18). Certifica que sus órdenes producirán efectos perpetuos (Mt 24,35). Y dice todas estas cosas con tanta seguridad y convicción como si se tratase de las más naturales prerrogativas. Con esto se atribuye a las claras autoridad divina, y el uso que de ella hace demuestra que la poseía que era Dios.

Muchas veces hemos admirado su ciencia infinita, que de tantos modos se revela, y con la que podía ver y conocer a Dios y lo que sucede en los hombres y en la naturaleza, en el pasado, en el presente y en el porvenir. *En El están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios,* según la profunda observación de San Pablo (Rm 11,33). Su profecía relativa a su segundo advenimiento arguye por sí sola la ciencia de un Hombre-Dios.

Su santidad perfecta, su exención de todo pecado, su impecabilidad, de que se habla en varios pasajes de los Evangelios (sin hablar de los demás libros del Nuevo Testamento), nos lleva a la misma conclusión; pues no se concibe que un simple mortal posea este privilegio en tal grado. *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?* (Jn 8,46). Este noble desafío que lanzó un día a su más implacables enemigos, no fue recogido por ninguno de ellos. ¡Tan inmune estaba su conducta de toda falta! Más adelante pudo también decir Jesús a sus apóstoles: "Viene el príncipe de este mundo (Satanás), y en Mí no tiene cosa alguna" (Jn 14,30). Más su santidad no es sólo negación de pecados, sino también positiva, pues reunía en El todas las virtudes y todas las perfecciones en un grado infinito, que sólo un Hombre-Dios puede tener. Por esto su Padre tenía en El puestas todas sus complacencias, como en Hijo digno de El, Santo como El. Los que vivían cerca de Jesús y también le conocía, estaban

(18) Mt 10,3-10; Lc 6,20-26; 19,3-9; etc.

firmísimamente persuadidos de su santidad, de la que más de una vez dieron testimonio (19).

En fin, ¡con que entereza le hemos oído decir que El es mayor que Abraham, que Jonás y que Salomón; mayor que el Templo, que el sábado y que la misma Ley mosaica (20). Dice que es "la luz del mundo" (21) *"el camino, la verdad y la vida"* por excelencia (Jn 14,6). ¿No era esto afirmar su divinidad? La había afirmado ya mucho tiempo antes, cuando teniendo doce años, dijo a su Madre y a su padre adoptivo: *"¿No sabíais que Yo debo ocuparme de las cosas que miran al servicio de mi Padre?"* (Lc 2,49). Esta persuasión de su grandeza infinita, de su poder altísimo, de su dignidad única en el mundo, de su superioridad universal, de su santidad perfecta, en una palabra, de su divinidad, se manifiesta en todas sus palabras, en todos sus actos y en toda su conducta. Siempre y en todas partes, a pesar de su sencillez y modestia, se revela en los Evangelios como *"Señor de la gloria"* (1 Cor 2,8), como verdadero Hijo de Dios.

Bien, pues, podemos, al admirar su divino retrato, exclamar con el apóstol Santo Tomás: *"¡Señor mío y Dios mío!"* (Jn 20,28), y con el discípulo amado decir: *"Hemos visto su gloria, gloria cual correspondía al Hijo único venido del Padre, lleno de gracia y de verdad"* (Jn 1,14).

4. Jesucristo es Dios porque es igual al Padre.

Veamos cómo Jesucristo es igual que el Padre, porque tiene todo lo que tiene el Padre, y hace todo lo mismo que el Padre.

(19) San Pedro, Hech 3,14 y 1 Ped 2,22; San Juan 1 Jn 2,1-2; 3,5; Véase también Heb 4,15; 7,26; etc.
(20) Mt 5,22,28,32, etc.; 12,41-42; 12,8; etc.
(21) Jn 8,12; 9,9.

Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y pondremos nuestra morada en él (Jn 14,23).

Todo cuanto tiene el Padre es mío... (Jn 16,15).

Padre: glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique... Glorifícame a Mí, con aquella gloria que tuve junto a Tí antes que el mundo existiese... Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío... Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros somos Uno... No ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí por su palabra, para que sean uno, como Tú Padre en Mí y Yo en Tí, a fin de que también ellos sean en nosotros... Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos Uno... (Jn 17,10-22).

Aquí el texto sagrado nos dice dos cosas: primera, que el Padre y el Hijo comparten las mismas cosas: *Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío* (Jn 17,10). En segundo lugar, Cristo pide al Padre, para que sus discípulos sean uno, como el Padre y el Hijo también *son Uno* (Jn 17,22). Este *Uno* es Dios, que aunque el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, no son tres dioses, sino *Uno.*

A Mí me ha sido transmitido todo por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre nadie conoce bien sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiera revelarlo (Mt 11,27; Lc 5,22).

Este mutuo conocimiento de Padre e Hijo, nos dan bien claro a entender su igualdad en perfecciones. Y continúa con otra expresión parecida:

Nadie ha visto jamás a Dios; el Dios, Hijo único, que está en el seno de Padre, es quien le ha dado a conocer (Jn 1,18).

El les respondió: "Mi Padre continúa obrando, y Yo obro también". Por lo cual los judíos buscaban todavía más hacerlo morir, no solamente porque no observaba el sábado, sino porque llamaba a Dios su Padre, igualándose de ese modo a Dios" (Jn 5,18).

Como el Padre resucita los muertos y les devuelve la vida, así también el Hijo devuelve la vida al que quiere (Jn 5,21).

Así como el Padre tiene la vida en Sí mismo, ha dado también al Hijo tener la vida en Sí mismo (Jn 5,26).

Así como el Padre me conoce, Yo conozco al Padre (Jn 10,15).

Queda claro, que todo lo que tiene el Padre lo tiene el Hijo, y que todo lo que hace el Padre, lo hace el Hijo, luego el Hijo es Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Los tres son UNO.

¿Quién es Dios Padre?

Responde San Hilario: "Es Aquel de quien tiene el ser todo lo que existe. El es en Cristo y por medio de Cristo el origen de todo. Tiene en sí mismo su ser, no recibe lo que es de ninguna otra parte, sino que lo que es lo obtiene de sí mismo y en sí mismo. Es infinito, porque no está contenido en cosa alguna, sino que todo está en El. Siempre está fuera del espacio, porque por nada puede ser contenido. Es siempre anterior al tiempo, porque el tiempo procede de El... El nombre de su naturaleza es el de Padre, pero El es únicamente Padre. No tiene el ser Padre como recibido de otros, al modo de los hombres. El mismo es inengendrado, eterno, tiene siempre en sí la eternidad. Sólo es conocido por el Hijo, porque *nadie conoce al Padre más que el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiera revelar, y nadie conoce al Hijo más que el Padre* (Mt 11,27). Saben el uno del otro, y su conocimiento es recíproco es perfecto. Y ya que nadie conoce al Padre más que el Hijo, nosotros debemos pensar acerca del Padre lo mismo que el Hijo que lo ha revelado, que es el único *testigo fidedigno* (Ap 1,5). La perfecta ciencia consiste en conocer a Dios de tal modo que sepas que, aunque no se le puede ignorar, no se le puede tampoco describir..." (La Trinidad, II).

Y ¿quién es el Hijo?

Continúa San Hilario: "El Padre es como es, y se ha de creer que es así. Pero, alcanzar al Hijo hace estremecer nuestra mente y cada palabra tiembla al ser pronunciada. Pues es la descendencia del ingenerado, uno que procede del uno, verda-

dero del verdadero, vivo del vivo, perfecto del perfecto, potencia de la potencia, sabiduría de la sabiduría, gloria de la gloria, *imagen del Dios invisible* (Col 1,15), forma del Padre ingenerado, ¿Y cómo juzgaremos el nacimiento del unigénito a partir del ingenerado? Pues el Padre clama: *Este es mi Hijo amado en el que me he complacido* (Mt 17,5).

No hay ningún corte o división, pues impasible es el que engendró, así como el que ha nacido *es imagen del Dios invisible* (Col 1,15); y atestigua: *Porque el Padre está en Mí y Yo en el Padre* (Jn 10,38). No se trata de una adopción, pues El es el verdadero Hijo de Dios; clama: *El que me ve, ve también al Padre* (Jn 14,9) No existe tampoco, como las otras cosas, por un mandato divino, pues es el Unigénito del Único y tiene en Sí la vida, como tiene en Sí la vida Aquel que lo ha engendrado, pues dice: *Como el Padre tiene la vida en Sí mismo, así dio al Hijo el tener la vida en Sí mismo* (Jn 5,26). Pero el Hijo no es una parte del Padre, pues atestigua el Hijo: *Todo lo que es del Padre es mío* (Jn 16,15). Y también el Apóstol da testimonio: *Porque en El habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente* (Col 2,9). Según las leyes de la naturaleza, no pude ser *todo* lo que sólo es una porción. El que procede del perfecto es perfecto, porque el que lo tiene todo se lo ha dado todo... Escucha: *Yo y el Padre somos una misma cosa* (Jn 14,9). Escucha: *El que me ve a mí, ve también al Padre* (Jn 14,9). Escucha: *El Padre está en Mí, y Yo en el Padre* (Jn 10,38). Escucha: *Yo he salido del Padre* (Jn 16,28). Y: Todo lo que tiene se lo ha dado (Mt 11,27). Y: El Hijo tiene la vida en sí mismo como el Padre tiene la vida en sí mismo (Jn 5,26). Escucha al Hijo, imagen, sabiduría, fuerza, gloria de Dios. Y entiende al Espíritu Santo que proclama: *¿Quién contará su generación?* (Is 53,8). Y reprocha al Señor que da testimonio: *Nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre más que el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiera revelar* (Mt 11,27).

El Hijo procede de aquel Padre que tiene el ser, es Unigénito que procede del ingenerado, descendencia del Padre, viviente del viviente. Como El Padre tiene la vida en Sí mismo,

también le ha dado al Hijo tener la vida en Sí mismo. Perfecto que procede del perfecto, porque es todo entero de Aquel que es todo entero. No hay división o separación, porque cada uno está en el otro y en el Hijo habita la plenitud de la divinidad... Pues la naturaleza de la divinidad no es distinta en uno y otro, porque los dos son una misma cosa.

Dice: *En el principio existía la Palabra* (Jn 1,1). ¿Qué quiere decir: *En el principio existía?* (Porque el principio es lo primero, y quien ya existía al principio, quiere decir que ha existido siempre).

Dice: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1,1)... Si estaba en el principio, no está contenido en el tiempo. Puesto que es Dios, no se hace mención de un simple sonido. Y si está junto a Dios, no se altera ni se elimina nada, pues se afirma que está junto al único Dios ingenerado del que procede el mismo único Dios unigénito...".

Dice: *Todas las cosas fueron hechas por El y sin El nada se hizo de cuanto existe* (Jn 1,3). Luego si nada existe sin Aquel por el cual todas las cosas han tenido comienzo, Aquel por el cual todo ha sido hecho, es también infinito. El tiempo es una medida que indica la distancia no en el lugar, sino en la sucesión de aquello que permanece. Y puesto que todas las cosas provienen de El, no hay nada que no tenga su origen en El; luego también el tiempo procede de El...".

Por esto es Unigénito de Aquel que no ha sido engendrado. Por esto, *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30). Por esto confesamos un solo Dios cuando confesamos al Padre y al Hijo. Por esto, el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Por esto, *el que me ve, ve también al Padre* (Jn 14,9). Por esta razón el Padre ha dado al Hijo todo lo que tiene. Por esto, *como el Padre tiene la vida en Sí mismo, dio al Hijo tener la vida en Sí mismo* (Jn 5,26). (La Trinidad II).

"La eternidad del Padre, tal como expusimos en el libro anterior, supera los lugares, los tiempos, la imagen y cualquier otra cosa que pueda concebirse con el entendimiento humano. El está fuera y dentro de todas las cosas, todas las contiene y no

puede ser abarcado por nadie, no es mutable, ni por ganancia ni por pérdida, sino que es invisible, incompresible, posee toda la plenitud, es perfecto, eterno; no toma nada de ninguna otra parte, sino que se basta a Sí mismo para permanecer en lo que es.

Este, el Padre ingenerado, ha engendrado de Sí antes de todo tiempo al Hijo, no a partir de ninguna materia ya existente, porque todas las cosas han sido hechas por medio de el Hijo; no lo ha hecho de la nada, porque ha engendrado al Hijo de Sí mismo; tampoco por medio de un parto, porque en Dios no hay nada mudable ni vacío; no como una parte suya que se haya dividido, separado o extendido, puesto que Dios es impasible e incorpóreo, y estas cosas son propias de la naturaleza pasible y de la carne, y, según el Apóstol, *en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente* (Col 2,9). En un modo que no se puede entender ni expresar, antes de todo tiempo y de toda edad, procreó al Unigénito de la sustancia ingenerada que hay en El, y le dio a este Hijo nacido de El, por medio de su amor y de su potencia, todo lo que es Dios. Y así el Hijo es unigénito, perfecto y eterno del Padre ingenerado, perfecto y eterno" (La Trinidad III).

Según San Hilario Jesucristo es Dios.

La deidad de Dios está en la naturaleza divina, y esta misma naturaleza la tienen el Padre y el Hijo. Por eso no hay dos ni tres dioses, porque solamente hay una naturaleza divina, y esta misma naturaleza es la del Padre que engendra, y la del Hijo que es engendrado por El.

El apóstol Santo Tomas sabía muy bien que no hay más que un solo Dios, según está escrito: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es solamente uno* (Dt 6,4). Sin embargo, al ver a Cristo resucitado, le dice: "*¡Señor mío y Dios mío!*" (Jn 20,28). Y ¿cómo dice ésto el apóstol? ¿Acaso ha olvidado que el Padre es Dios y que dioses no hay más que uno? Nada de eso, lo que pasa es que al

ver a Cristo resucitado le vinieron a la memoria todas aquellas palabras del Salvador: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30); y, *Todo lo que es del Padre es mío* (Jn 16,15) *El que me ve a mí ve al Padre... ¿No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí?... Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí*" (Jn 14,8-11). Por eso al confesar al Hijo de Dios como Dios, su fe no se aparta del único Dios Padre, pues no cree que haya en el Hijo de Dios nada distinto de la misma naturaleza del Padre. Y el Señor nos hizo saber que esta confesión de Tomás, no era una simple demostración de honor, sino la expresión de la verdadera fe, pues el mismo Jesús la aprueba al decir: *Porque me has visto has creído; dichosos los que han creído sin haber visto* (Jn 20,29).

Repetimos que la deidad de Dios está en la naturaleza divina de Dios; y por eso el Padre es Dios y el Hijo es Dios, porque el nombre específico de la naturaleza divina se aplica a los dos; "por esta razón ambos son una sola cosa -dice San Hilario- pues el Hijo al subsistir por el nacimiento que corresponde a su naturaleza, conserva también en el nombre la unidad de la naturaleza.

"El Hijo de Dios, es Dios por nacimiento: porque ha nacido de la misma naturaleza divina del Padre y tiene su misma naturaleza. Y no hay dos dioses, porque la naturaleza es única y es la misma, la del Padre y la del Hijo...

"Y si alguno tiene dudas sobre este punto, aprenda de los judíos el conocimiento de la naturaleza divina, o más bien, conozca por el Evangelio la realidad del nacimiento, pues en él está escrito: *Por esto los judíos buscaban todavía más matarle, porque no sólo violaba el sábado, sino también porque decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios* (Jn 5,18). En este caso, al contrario de lo que suele suceder en los restantes, no se citan las palabras literales de los judíos. Se trata, más bien, de una exposición del evangelista, que quiere mostrar la razón por la que los judíos querían matar al Señor. Desaparece, por tanto, el pretesto de un mal entendimiento por la impiedad de aquellos blasfemos, pues se ha mostrado, por la autoridad del apóstol, la verdad de la naturaleza divina con referencia al

nacimiento: *Decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios* (Jn 5,18). Aquí queda manifestada la igualdad de naturalezas, cuando por llamar a Dios su propio Padre, se hace igual a Dios...

Y continúa: *"Lo que hace el Padre, lo hace el Hijo igualmente. El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace, y le mostrará obras mayores que éstas, para que vosotros os admiréis. Así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Pues el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo el poder de juzgar, para que todos glorifiquen al Hijo como glorifican al Padre, que lo ha enviado* (Jn 5,19-23).

"Al responder el Señor a los judíos, que tenían tantos más deseos de matarlo porque decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios, expuso todo el misterio de nuestra fe mientras contradecía los impíos instintos de aquéllos. Había dicho antes, cuando después de haber sanado al paralítico habían llegado a declararlo reo de muerte por haber violado el sábado: *Mi Padre trabaja hasta ahora, y Yo también trabajo* (Jn 5,17). Y por esto se había encendido todo su odio, porque se igualaba a Dios y lo llamaba, según ellos sin derecho, con el nombre del Padre...

"Por eso, para manifestarles claramente que su potencia es la misma del Padre, les añade: *Pues como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo da vida a los que quiere* (Jn 5,21). El poder de los dos es el mismo a causa de la unidad de su naturaleza indiferenciada. Y la manifestación de las obras no se hace para enseñar al Hijo ignorante, sino para instruir nuestra fe, porque no lleva al Hijo al conocimiento de lo que ignora, sino a nosotros a la confesión de su nacimiento; y la confirma al decir que le ha sido mostrado todo lo que El puede hacer...

"Y la razón por la que se le ha dado el poder de juzgar no está oculta, ya que prosigue: *Pues ha dado al Hijo todo el poder de juzgar, para que todos glorifiquen al Hijo como glorifican al Padre. El que no glorifica al Hijo, no glorifica al Padre, que lo ha enviado* (Jn 5,22-23) ¿Qué posibilidad se deja ya a la sospecha? *El Padre no juzga, sino que ha dado al Hijo todo el poder de juzgar* (Jn 5,22). La razón de que se le haya dado el poder de juzgar, no es otra,

sino: para que se rinda al Hijo el mismo honor que al Padre, y se entienda que no honra al Padre quien no honra al Hijo. Y después de ésto ¿cómo se puede creer que sea distinta la naturaleza del que ha nacido, si no sólo se equipara al Padre en las obras, la fuerza y el honor, sino también en la injuria cuando no se le rinde el honor debido?...

"¿No ves cómo el Hijo es idéntico al Padre?: Es Dios, porque hace todo lo mismo que hace el Padre. Son una sola cosa, porque se equipara al Padre en honor y hace lo mismo, no otra cosa. Y no es el mismo Padre, porque ha sido enviado.

"El nacimiento sólo encierra en sí todo este misterio, ya que en él se comprenden el nombre, la naturaleza, el poder y la confesión, porque nada de lo que nace puede dejar de tener la misma naturaleza que el principio de donde nace. No introduce ninguna sustancia extraña a la divina, porque del uno no recibe su ser lo ajeno. Y además de esto, dice: *Lo que el Padre me ha dado es mayor que todo. Nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,27-30).

"Por lo tanto, el Dios unigénito, consciente de la naturaleza que posee, nos explica, con toda claridad de expresión posible, el misterio inefable de su nacimiento para que nosotros confesemos nuestra fe; y para que así se reconozca que ha nacido, se crea que existe en la naturaleza de Dios, y que, siendo una sola cosa con el Padre y confesándose tal, no se piense que es un ser solitario ni que el Padre mismo, de tal manera que El venga a perder su condición de Hijo... Pero aunque El posee la naturaleza de Dios, para dar a conocer que su naturaleza ha nacido de Dios, añadió: *Lo que el Padre me ha dado es mayor que todo* (Jn 10,29). No oculta que ha nacido del Padre, pues lo que ha recibido del Padre *es mayor que todo.* Y el que ha recibido, posee lo que ha recibido, por el hecho de nacer, no después; y, con todo, viene de otro, porque lo recibe. Pero el que recibe de otro, para que no se le considere diverso en su esencia y no se crea que no posee la naturaleza de Aquel de quien ha recibido el ser, dice: *Nadie lo podrá arrebatar de la mano de mi Padre* (Jn 10,29).

"Nadie las arrebata de su mano, porque ha recibido del Padre lo que es mayor que todo. ¿Qué significa esta confesión tan distinta, que nadie las va a arrancar de la mano de su Padre? La mano del Hijo es la que ha recibido del Padre; la mano del Padre es la que ha dado al Hijo. ¿Y cómo lo que no se arrebata de la mano del Hijo no se arrebata de la mano del Padre? Si preguntas cómo es ésto, entiende estas palabras: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30). La mano del Hijo es la mano del Padre. La naturaleza no degenera por el nacimiento hasta el punto de no ser la misma, ni el hecho de que sea la misma es obstáculo, por otra parte, para el reconocimiento del nacimiento, pues éste no tolera ningún elemento ajeno. Para que con el ejemplo sacado de lo corporal pudieras conocer el poder de la misma naturaleza, se llamó a la mano del Hijo mano del Padre, porque la naturaleza y la fuerza del Padre están en el Hijo. Por último, para que por el misterio del nacimiento reconocieras la realidad de la unidad de naturaleza, se dijo: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30); de modo que, al ser un sola cosa, no se piense ni en una naturaleza distinta ni en un ser solitario, porque lo propio del nacimiento y la generación es que no haya una naturaleza distinta en el generante y el generado...

"Sobre los judíos, irritados por la novedad de estas expresiones de Jesús, está escrito: *Los judíos trajeron piedras para apedrearlo. Les respondió: Muchas obras buenas os he mostrado de parte del Padre: ¿Por cuál de ellas me apedreáis?" Le contestaron los judíos: "No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia y porque siendo hombre, te haces Dios"* (Jn 10,31-33)...

"Ellos decían: *Siendo Hombre;* tú dices: "Siendo criatura". Y ambos decís: *Te haces Dios* (Jn 10,33). Esta es la común injuria contra El de vuestra boca impía. Pues niegas que sea Dios por generación de Dios, niegas que sea Hijo por un nacimiento verdadero, niegas que las palabras: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30) sean una confesión de que en los dos hay una única y semejante naturaleza. Tú supones que existe un Dios de otra clase o no sea Dios en absoluto, porque no ha recibido su ser por nacimiento de Dios.

"Tú te has irritado por el misterio contenido en estas palabras: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30), de modo que cuando el judío dice: *Siendo hombre te haces Dios* (Jn 10,33), tú, con igual impiedad, dices: "Siendo criatura, te haces Dios", pues dices: "No eres Hijo por nacimiento, no eres verdadero Dios. Eres una criatura más excelente que todas las demás, pero no has nacido para ser Dios, porque no acepto el nacimiento de una naturaleza del Dios incorpóreo. Y no solamente tú y el Padre no sois una sola cosa, sino que ni eres Hijo, ni semejante al Padre, ni Dios". Pero ya te respondió el mismo Señor cuando dijo: *"¿A Aquel al que el Padre ha santificado y ha enviado a este mundo, decís que he blasfemado porque he dicho: "Soy Hijo de Dios?" Si no hago las obras del Padre no me creáis; pero si las hago y no me queréis creer a Mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en Mí y Yo en El"* (Jn 10,34-38).

"La razón de la respuesta fue que le habían acusado de blasfemia. Se juzgaba como delito digno de muerte, que siendo hombre se hiciera Dios. Y se le acusaba de hacerse Dios porque había dicho: *"Yo y el Padre somos una sola cosa"* (Jn 10,30)...

"El Señor no nos ha dejado una enseñanza incierta o dudosa sobre un misterio tan grande. Escuchemos su declaración completa: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre más que por Mí. Si me conocéis a Mí, conocéis también a mi Padre, y lo conocéis desde ahora y lo habéis visto. Le dice Felipe: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Le dice Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me habéis conocido, Felipe? El que me ve, ve también al Padre. ¿Cómo dices: "Muéstranos al Padre?" ¿No creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que os digo, no las digo por mí mismo, sino que el Padre, que permanece en Mí, El mismo lleva a cabo sus obras. Creedme, porque Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí. Si no, creedlo al menos por las obras"* (Jn 14,6-12)...

"El Señor dio esta respuesta a las palabras de Felipe. Reprocha al apóstol no haberle sabido conocer, porque antes había dicho que, si se le ha conocido a El, también se conoce al Padre. Pero, ¿por qué se lamenta de no haber sido conocido en

tanto tiempo? Por esto: porque, si se le ha conocido a El, se debe entender que en El está la divinidad de la naturaleza del Padre. Las cosas que había realizado eran propias de Dios: pisar las olas, mandar los vientos, llevar a efecto cosas como la transformación del agua en vino y la multiplicación de los panes, que, con constancia del hecho, no se pueden entender; ahuyentar demonios, expulsar enfermedades, curar males corporales humanamente incurables, corregir repentinamente defectos de nacimiento, perdonar los pecados, devolver la vida a los muertos. Todo esto lo hizo un hombre, y por ello se confesaba Hijo de Dios. De ahí nació el reproche, porque no habían entendido que estas cosas las obraba la naturaleza de Dios en el hombre asumido en el misterio del nacimiento humano" (La Trinidad, VII).

5. Jesucristo es Dios porque es el Creador de todo.

El Antiguo Testamento está lleno de textos en los que se nos dice que Dios es el Creador de todas las cosas; y en el Nuevo Testamento se nos asegura que todas las cosas han sido creadas por el Verbo, el Hijo de Dios, con lo que se nos dice claramente que Jesucristo es Dios.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gn 1,1).

Dichoso quien tiene en su ayuda al Dios de Jacob, y pone su esperanza en Yahvé su Dios, Creador del cielo y de la tierra, del mar y de cuanto contienen (Sal 145,6).

El Señor es el que con su poder hizo la tierra: con su sabiduría ordenó el mundo, y extendió los cielos con su inteligencia (Jr 10,12).

Por la Palabra del Señor se fundaron los cielos, y por el espíritu de su boca se formó todo su concierto y belleza. El habló y todo quedó hecho; lo mandó, y todo fue creado (Sal 32,6; 148,5).

Por la palabra del Señor existe todo, y todo cumple su voluntad según su ordenación (Ecli 42,15).

¡Ah Señor Dios mío! Bien veo que Tú creaste el cielo y la tierra con tu gran poder y tu brazo fuerte: ninguna cosa será jamás difícil para Tí (Jr 32,17).

¡Oh Señor! Tú eres el que al principio creaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos (Sal 101,26).

Así dice Yahvé, tu Redentor, el que te formó desde el seno materno: Yo soy Yahvé, Hacedor de todas las cosas; Yo solo desplegué los cielos y afirmé la tierra sin que nadie estuviera conmigo" (Is 44,24).

Yahvé es el Dios eterno, el Creador de los confines de la tierra, no se fatiga ni se cansa; su sabiduría es insondable (Is 40,28).

Por la Palabra de Yahvé fueron hechos los cielos, y todo su ornato por el soplo de su boca... Porque El habló y quedaron hechos; mandó y tuvieron ser (Sal 32,6 y 9).

Según los textos que hemos citado, Yahvé Dios es el Creador de todas las cosas, y según los que vamos a citar ahora, vamos a ver que todo fue hecho por medio del Hijo, lo que indica que así como el Padre es Dios, lo es también el Hijo Jesucristo:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era junto a Dios, y el Verbo era Dios. El era en el principio junto a Dios. Por El todo fue hecho, y sin El nada se hizo de cuanto ha sido hecho (Jn 1,1-3).

Dios, *en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo"* (Heb 1,2).

El estaba en el mundo, que había sido hecho por El; pero el mundo no lo conoció (Jn 1,10).

Por El fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra: las visibles y las invisibles, tanto los tronos como las dominaciones, los principados como las mismas potestades; absolutamente todo fue creado por El y para El; y El existe antes de todas las cosas, y todas subsisten en El (Col 1,16-17).

Aquí ha quedado muy claro que todas las cosas han sido hechas por Jehová Dios, e igualmente ha quedado muy claro que todo ha sido hecho por el Verbo de Dios, Jesucristo. Y no se puede decir que se trate de una misma o única persona con diversos

nombres, porque cuando Dios hizo al hombre, dijo: *"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"* (Gen 1,26) Y después: *E hizo Dios al hombre; lo hizo a imagen de Dios; varón y mujer los creó* (Gen 1,27). Luego Dios no estaba solo, pues, si hubiera estado solo, no hubiera hablado en plural, y no hubiera dicho: *Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen; sino que hubiera hablado en singular, y hubiera dicho: *Haré al hombre* a *mi* imagen. Pero Dios habló en plural, porque junto con el Padre estaba el Hijo, *y todo lo que hace el Padre, lo hace también el Hijo* (Jn 5,19).

San Hilario, comentando estas palabras contra los arrianos, les dice: "Del hecho de que Dios sea uno sólo, no se deduce que se pueda negar la divinidad del Hijo de Dios. Pues Moisés, o mejor, Dios por medio de Moisés, cuando el pueblo en Egipto y en el desierto, se entregaba a la veneración de los ídolos y dioses imaginarios, le dio este mandamiento principal: que creyera en un solo Dios. Y lo mandó verdadera y justamente, pues *hay un solo Dios del que todo procede* (1 Cor 8,6).

Pero veamos si el mismo Moisés ha confesado también como Dios a Aquel *por medio del cual existen todas las cosas* (Jn 1,3). No se quita al Padre el ser el solo Dios, pues es Dios de Dios, Uno que procede de Uno; por esto es el solo Dios, porque Dios proviene de El. Pero por otra parte el Hijo no es menos Dios porque el Padre sea el Dios uno, pues El es el Hijo unigénito de Dios; no es inascible, de manera que quite al Padre el ser el único Dios; ni El mismo es otra cosa más que Dios, porque ha nacido de Dios. Y aunque no se pueda dudar de ésto, de que naciendo de Dios sea Dios, y por esto es uno el Dios de nuestra Fe, veamos, no obstante, si Moisés que dijo a Israel: *El Señor, tu Dios, es solamente uno* (Dt 6,4), predicó como Dios al Hijo de Dios, pues nos resultará conveniente, para confesar la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, usar el testimonio de aquel por cuya autoridad los herejes, confesando sólo a un único Dios, creen que ha de negarse al Hijo la condición divina.

Ya que, según el Apóstol, la confesión clara y perfecta acerca de Dios es la siguiente: *Un solo Dios Padre, del que todo proce-*

de, y un sólo Señor nuestro Jesucristo, por medio del cual todo fue hecho. Examinemos qué dice Moisés acerca del origen del mundo. Pues dice: Y dijo Dios: *"Hágase el firmamento en medio de las aguas que separe unas aguas de otras" Y Dios hizo el firmamento y dividió las aguas por la mitad* (Gen 1,6 s.) Aquí tienes al Dios del que todo procede y el Dios por medio del cual todo fue hecho. Y si lo niegas, es preciso que expliques por medio de quién ha sido hecho lo que existe, o que muestres cómo la naturaleza de las cosas que habían de ser creadas era obediente a Dios; esta naturaleza que a las palabras: *Hágase el firmamento,* se dio a sí misma solidez, según el mandamiento divino. Pero el sentido de la Sagrada Escritura no permite esta interpretación. Pues, según el profeta, todas las cosas han sido hechas de la nada (2 Mac 7,28) y ninguna materia preexistente se ha transformado en otra cosa, sino que se creó lo que no existía. Y es claro por medio de quien se ha creado todo. Escucha al evangelista: *En el principio era el Verbo y el Verbo era junto a Dios, y el Verbo era Dios. El era en el principio junto a Dios. Por El todo fue hecho, y sin El nada se hizo de lo que ha sido hecho* (Jn 1,1-3).

Y si quieres negar que el Padre dijo: *Hágase el firmamento,* oirás de nuevo al profeta, que dice: *El lo dijo, y las cosas fueron hechas; lo mandó y fueron creadas* (Sal 148,5). En la expresión: *Hágase el firmamento* se muestra que fue el Padre el que lo habló. Y cuando se añade: *Y así se hizo* (Gen 1,7) y se dice que *Dios lo hizo,* se ha de entender que lo hizo Aquel por medio del cual *todo se hizo* (Jn 1,3) (La Trinidad, lib. IV).

Dios Padre, dice al Hijo: *"Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos... Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió, oh Dios, el Dios tuyo con óleo de alegría... Y también: Tú, Señor en el principio fundaste la tierra, y obra de tu mano son los cielos...* (Heb 1,8-10).

San Hilario comenta: "No existe ningún Dios anterior al Dios que no puede nacer, como El mismo dice: *Vosotros sois mis testigos, dice Yahvé, y mi siervo a quien he elegido; para que conozcáis y me creáis y comprendáis que Yo soy Dios. Antes de Mí no fue formado Dios alguno, y no habrá ninguno después de Mí* (Is 43,10)

Se ha demostrado la dignidad de Aquel que no tiene principio y se ha preservado el honor del que ha nacido del que no puede nacer, pues *te ha ungido Dios tu Dios* (Sal 48,4) Al decir *tuyo* se refiere al nacimiento, pero no destruye la igualdad de naturaleza. Y por esta razón es su Dios, porque de El ha nacido para ser Dios. Y no porque el Padre sea Dios, deja de serlo el Hijo, pues *te ha ungido Dios, tu Dios;* con estas palabras se refiere al Padre y al que ha sido engendrado de El, y, al nombrarlos con uno y el mismo término, deja establecido que uno y otro tienen la misma naturaleza y dignidad... Por eso dice Oseas: *"Me apiadaré de la casa de Judá y los salvaré por medio de Yahvé, su Dios* (Os 1,6) Luego el Padre llama Dios al Hijo, en el que nos eligió antes de los siglos. Dice *su Dios,* porque el Dios que no puede nacer no proviene de ninguno, y nosotros somos dados al Hijo, en herencia, por Dios Padre, pues leemos: *Pídeme y te daré los pueblos en herencia* (Sal 2,8). Para Dios, *del que todo procede* (1 Cor 8,6), no hay ningún Dios, porque es eterno, sin principio. Para el Hijo, el Padre es Dios, pues de El ha nacido como Dios. Para nosotros, el Padre es Dios y el Hijo es Dios, pues el Padre declara acerca del Hijo que es nuestro Dios y el Hijo enseña acerca del padre que es Dios para nosotros; pero el Hijo es llamado Dios por el Padre, es decir, con el mismo nombre de su poder, que no puede tener principio". (La Trinidad IV).

6. Jesucristo es Dios porque es el Salvador del mundo.

Según la teología católica, el Salvador del mundo, era necesario que fuera Dios y que fuera hombre. Tenía que ser hombre que representara a todos los hombres y cargara con los pecados de todos, y tenía que ser Dios para que su sacrificio fuera condigno y de valor infinito.

Dice San Agustín: "Estando los hombres apartados de Dios por el pecado original..., les era necesario un mediador, esto es, un reconciliador, que aplacara la ira de Dios con la oblación de su sacrificio singularísimo.

"Jesucristo es mediador de Dios y de los hombres, porque es Dios con el Padre y hombre con los hombres. No hombre sin divinidad, ni Dios sin humanidad..."

De hecho, Cristo ejerció el oficio de Redentor y satisfizo por nuestros pecados:

Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores...; traspasado por nuestras iniquidades... Yahvé cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros (Is 53,2-8).

Cristo nos rescató y reconcilió con Dios.

Esta reconciliación la hizo por el sacrificio de su muerte en cruz, y así nos lo dice la Escritura:

Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rm 5,10).

Quiso por medio de El reconciliar consigo todas las cosas, pacificándolas por medio de su sangre derramada en la cruz (Col 1,20).

El gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para redimirnos de toda iniquidad (Tit 2,13-14).

Dijo: Esta es mi sangre del Testamento que se derrama por muchos para remisión de los pecados (Mt 26,28).

La sangre de Jesús, su Hijo, nos limpia de todo pecado (1 Jn 1,7).

El es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo (1 Jn 2,2).

Somos justificados gratuitamente por la gracia mediante la redención de Cristo Jesús (Rm 3,24).

En El tenemos por su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, la cual, Dios, sobreabundantemente derramó sobre nosotros con toda sabiduría y prudencia... (Ef 1,7-8).

El Padre nos rescató del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y el perdón de los pecados (Col 1,13-14).

Cristo, instituido Pontífice... no por la sangre de machos cabríos y becerros, sino por su propia sangre, entró de una vez en el santuario celeste después de haber conseguido nuestra eterna redención... y por eso es Mediador de una nueva alianza, para que una vez realizada la muerte con miras a la redención... alcanzásemos la promesa de la herencia eterna (Heb 9,11-15).

Cristo al entrar en el mundo, dijo: "Sacrificio ni ofrenda no quisiste, en cambio me preparaste un cuerpo... Entonces dije: "He aquí que vengo, para hacer ¡oh Dios! tu voluntad... Por cuya voluntad estamos santificados de una vez para siempre, en virtud de la ofrenda del cuerpo de Jesucristo (Heb 10,5-10).

En efecto, con una sola ofrenda, con la oblación de su cuerpo, perfeccionó para siempre a los santificados... (Heb 10,14).

Uno es Dios y uno también el Mediador entre Dios y los hombres Cristo Jesús hombre, que se dio a Sí mismo como precio de rescate por todos (1 Tm 5,6).

El nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiación por nuestros pecados (1 Jn 4,10).

Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras (1 Cor 15,3).

Como en Adán todos murieron, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Cor 15,22).

El amor de Cristo nos apremia al considerar que el sufrió la muerte por todos (2 Cor 5,14).

Vivid en amor así como Cristo os amó, y se entregó por nosotros como oblación y víctima a Dios (Ef 5,2).

El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (Mt 20,28).

Podíamos continuar citando más y más textos, pero creemos que estos son más que suficientes para que reconozcamos que Cristo vino al este mundo a ofrecer su vida en rescate por todos nuestros pecados.

Y no debemos olvidar lo que nos dice San Pablo, que si nuestros pecados son muchos y muy grandes, es mucho mayor la gracia y el perdón que nos ganó Cristo con su muerte.

Más no fue el don como el delito, pues si por el delito de uno murieron muchos, mucho más copiosamente se derramó sobre los muchos la gracia de Dios y el don de la gracia de un solo hombre, Jesucristo. Y con el don, no sucedió como con el delito de aquel uno que pecó. Porque nosotros hemos sido condenados en juicio por el pecado de uno solo, pero ahora somos justificados por la gracia después de muchos pecados. De modo que si por el pecado de uno sólo ha reinado la muerte, por un solo hombre, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y de los dones, y de la justicia, reinarán en la vida sólo por Jesucristo. En conclusión: así como el delito de uno solo atrajo la condenación a todos los hombres; así también la justicia de uno solo ha merecido a todos los hombres la justificación que da vida... Pues cuanto más abundó el pecado, tanto más ha sobreabundado la gracia... (Rm 5,15-21).

Pero debemos tener muy en cuenta, que solamente un Hombre-Dios podía redimirnos y merecernos tanta sobreabundacia de gracias, pues ningún ser humano podía satisfacer de condigno por el más pequeño pecado cometido contra Dios, por ser el hombre una insignificante criatura y ser el ofendido todo un Dios. Por eso el redentor, tenía que ser hombre, para responder por el hombre y poder sufrir y morir; pero también tenía que ser Dios, para que sus méritos fueran infinitos y por su dignidad pudiera reparar la ofensa cometida contra Dios.

Esta es una verdad tan clara y tan antigua que ya en el siglo segundo la enseñaba San Ireneo, diciendo:

Cristo el Redentor "es verdadero hombre y verdadero Dios. Es verdadero Dios, porque sólo Dios puede procurar eficazmente la salvación y restablecer la unión con los hombres (Haer 4,33). ¿Cómo podrían ser salvados los hombres, si Dios no hubiera llevado a cabo en la tierra su salvación? O ¿de qué manera hubiera ido el hombre a Dios, si Dios no hubiera venido junto al hombre?

"Si el enemigo del hombre no hubiera sido vencido por un hombre, la victoria no hubiera sido justa. Por otra parte, si la salvación no nos hubiese venido de Dios, no la hubiéramos obtenido...; con todo eso, si el hombre no hubiese estado unido a

Dios establemente, no habría podido participar de la incorruptibilidad. Era necesario, por tanto, que el Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,5) restableciese la amistad y la concordia por el camino del parentesco con el Uno y con los otros, procurando que Dios acogiese al hombre y que el hombre se sometiese a Dios" (Haer 3,18,7).

7. Jesucristo es adorado como Dios, luego es Dios.

La idolatría consiste en dar a las criaturas una adoración que sólo a Dios es debida. Dar culto a una criatura y venerarla como si fuera Dios es un gravísimo pecado.

Dice Santo Tomás que la idolatría es el más grave de todos los pecados, y entre los judíos se castigaba con pena de muerte (Ex 22,20). En el Éxodo 32, 28, leemos que de una vez murieron 23.000 judíos por su idolatría.

Cuando Jesús, por espacio de cuarenta días se retiró a orar al desierto, el diablo, que no sabía quién era, se le acercó para tentarle, y, *subiéndole a un monte muy alto, desde allí le mostró en un instante todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Te daré el poder y la gloria de todos ellos, porque a mí se me ha entregado, y se la doy a quien quiero, si postrándote delante de mí me adoras. Le respondió entonces Jesús: Apártate de aquí, Satanás, porque está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios, y a El sólo servirás"* (Mt 4,8-10; Lc 4,5-8).

Jesús le dice claramente que el culto de adoración sólo puede tributarse a Dios, y que, por nada del mundo está permitido quebrantar este mandamiento. Sin embargo, al mismo Jesús le adoraron muchas veces y El nunca trató de impedirlo. Veamos algunas:

Le adoraron los Apóstoles: *Y cuando subió a la barca, el viento calmó. Entonces ellos se postraron delante de El y adorándole, le dijeron: "Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios"* (Mt 14,32-33).

Le adoró el que había sido ciego de nacimiento: *Le dijo Jesús: ¿Crees tú en el Hijo del hombre? Respondió él: ¿Quién es, Señor para que crea en El: Jesús contesta: Lo has visto, y es el mismo que habla contigo. El contestó: ¡Creo, Señor!, y postrándose en tierra le adoró* (Jn 9,35-38).

Le adoraron varias veces sus discípulos después de resucitado.

Le adoraron las mujeres: *Ellas se abrazaron a sus pies y le adoraron* (Mt 28,9).

Le adoró Tomás, diciendo: *"¡Señor mío y Dios mío¡"* (Jn 20,28).

Le adoraron los once discípulos: *Los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde les había ordenado Jesús, y al verlo le adoraron* (Mt 28,16-17).

Y ¿Por qué permitió Jesús que le adoraran? Si Jesucristo no hubiera sido Dios habría cometido un pecado gravísimo de idolatría al permitir que le adoraran y le honraran como a Dios. Si El no hubiera sido Dios, su comportamiento debería haber sido el mismo del ángel del Apocalipsis, del que nos dice San Juan: *"Entonces caí a sus pies para adorarlo. Más él me dijo: No hagas eso. Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos, los que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios.* (Ap 19,10; 22,9).

Y así fue también el comportamiento del apóstol San Pedro cuando el centurión Cornelio, creyéndole un dios, se postró a sus pies y le adoró. *Pero Pedro lo levantó diciendo: "Levántate, también yo mismo soy hombre* (Hech 10,25-26).

Algo parecido les pasó a San Pablo y San Bernabé, tal como nos lo transcriben los Hechos de los Apóstoles:

"En Listra se hallaba sentado un hombre, imposibilitado de los pies, el cual era cojo desde el seno materno y nunca había podido andar. Entonces escuchaba la palabra de Pablo, quien fijándose en él y viendo que tenía fe para ser salvo, le dijo con fuerte voz: Levántate y ponte derecho sobre tus pies, y él dando

un salto echó a andar. Entonces las multitudes, al ver lo que había hecho Pablo, levantaron la voz, diciendo en su lengua Licaonia: "Dioses en forma humana han bajado a nosotros", y a Bernabé le llamaban Zeus, y a Pablo Hermes, porque era el que llevaba la palabra. Y el sacerdote del templo de Júpiter que estaba a la entrada de la ciudad, trajo toros y coronas junto a las puertas, y con las multitudes quería ofrecerles un sacrificio.

Los apóstoles Bernabé y Pablo al oir ésto, rasgando sus vestiduras se lanzaron entre la multitud, gritando y diciendo: "¡Hombres! ¿qué es lo que hacéis? También nosotros somos hombres semejantes a vosotros y os anunciamos que os apartéis de estos vanos ídolos y os convirtáis al Dios vivo..." (Hech 14,8-15).

Y este comportamiento de los apóstoles Pedro, Pablo y Bernabé, hubiera sido el mismo que en tal circunstancia y situación hubieran tenido todos los profetas, todos los apóstoles y todos los santos. Pero Jesús obraba diferente, pues el no solamente se dejaba adorar como cosa normal, sino que además lo reclamaba, como cuando decía: *"Que todos honren al Hijo como honran al Padre; quien no honra al Hijo no honra al Padre...* (Jn 5,23). ¿No veis cómo Cristo reclama para Sí los mismos honores que se tributan a su Padre? y los reclama con justicia, porque el es Dios como lo es el Padre y debe recibir *la misma adoración y gloria* (Credo).

Y nadie debe extrañarse de ésto, pues el mismo Padre manda que sea adorado, como nos dice la Carta a los Hebreos: *Al introducir a su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos los ángeles de Dios* (Heb 1,6) *Al nombre de Jesús, toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo* (Fil 2,10; Rm 14,11).

Pues si Cristo permitió y quiso ser adorado, y el Padre eterno manda a los ángeles que le adoren, y quiere que delante de El se doble toda rodilla, símbolo de adoración, ¿cómo podríamos todavía dudar de su condición divina?

8. Jesucristo es Dios porque se da en la Eucaristía.

El milagro de la Eucaristía.

No cabe duda de que la Sagrada Eucaristía es el mayor de los milagros realizados por nuestro Señor Jesucristo. Es tan grande y tan importante que hay muchos a los que les parece imposible y como los testigos de Jehová y muchos protestantes no creen en él.

A lo largo de la historia Jesucristo ha hecho muchísimos milagros para demostrar que está presente en la Eucaristía, y muchos de esos milagros son comprobables y verdaderamente históricos, como se demuestran por los monumentos y los documentos conservados en esos lugares. Véanse estos dos libros: *Milagros Eucarísticos* y *Prodigios Eucarísticos,* publicados por el Apostolado Mariano.

La institución de la Sagrada Eucaristía, realizada por nuestro Señor Jesucristo la misma noche en que iba a ser entregado a las autoridades judías para ser condenado a la muerte de Cruz, nos la refieren los tres primero Evangelios y San Pablo en su 1ª Carta a los Corintios, coincidiendo todos en lo esencial perfectamente. El Evangelista San Juan es el único que no lo dice, por no considerarlo necesario, ya hacía muchos años que se estaba celebrando la Misa de acuerdo con los Evangelios sinópticos. No obstante, nos refiere extensamente en su capítulo seis, las palabras de Jesús sobre este milagro eucarístico, en su discurso de Cafarnaún. He aquí lo principal de ese discurso en el que promete la Eucaristía:

Jn 6,27 *Trabajad, no por el manjar que parece, sino por el manjar que perdura para la vida eterna, que os dará el Hijo del hombre, porque a Este marcó Dios Padre con su sello...*

31 *Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio de comer pan del cielo",*

32 *Jesús le dijo: En verdad, en verdad os digo: no os ha dado Moisés el pan del cielo, sino mi Padre es el que os da el verdadero pan del cielo,*